

Prosa y poesía para e



AMEIS Asociación de Mujeres Escritoras e Investigadoras

El relato de Caperucita Roja desde la perspectiva de un lobo, ya anciano, fiero ni tan carnívoro como lo pintaron, del lobito abandonado que M... papel de "malo". Es la prosa en esta entrega de Creadoras. La poesía... dolor de la montaña que se ve atravesada por un túnel. Un cuento y d

EL LOBO Y LA NIÑA

La casa de la abuela estaba en el bosque y yo era, por aquel entonces, un pequeño lobo hambriento. Las cosas no sucedieron exactamente como se cuentan, pero no me he quejado antes porque la mala fama, cuando se vive en lo alto del monte, es algo que se agradece. Te facilita mucho la vida no dar explicaciones a nadie y que todos se aparten de tu camino y te dejen libre.

Han pasado muchos años y mi pelaje ya no se camufla con los grises de los árboles, tan solo la nieve parece disimularme. Soy viejo, qué carajo, esa es la realidad y aunque no busque alcanzar el grado de venerable, no deseo irme al más allá con esta mala aura en torno a mí. Es más, me gustaría que los habitantes del pueblo, ahora que son tan pocos, honrasen mi memoria y me hiciesen un hueco entre los suyos. Después de todo, gracias a mí, la pequeña -que ahora ya tiene vástagos- el cazador, y la desaparecida abuela, han sido conocidos en todas partes, a pesar de vivir toda su vida en una aldea perdida entre las montañas.

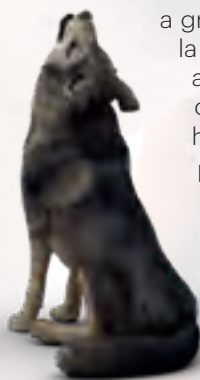
Sea como fuere, y decidan lo que decidan hacer con mi testimonio, yo dejaré esta carta sellada ante notario y el día en que la humanidad esté lista para cambiar sus convicciones al respecto, alguien la encontrará y se decidirá a compartir su contenido y entonces, ese día, desde el cielo de los lobos buenos, yo me sentiré recompensado de todos los agravios.

Como dije, yo no era más que un pequeño lobito hambriento, que había quedado abandonado. Aquejado de un mal que mis congéneres no supieron identificar, creyéndome muerto me dejaron a mi suerte en medio del bosque, cuando decidieron partir a tierras más cálidas. Poco a poco, fui despertando a la nueva realidad que me envolvía y fue entonces cuando decidí hacerme vegetariano. La casa de la abuela, en medio de mi desolación, fue como un hogar en el que reponerme. En su huerta crecían coles, acelgas, zanahorias, remolachas, rábanos y toda clase de hortalizas. La anciana era sabia y mantenía su huerto a salvo de la intemperie en invierno merced a un invernadero de su propia invención. Como buen lobito, yo conocía la forma de conse-

guir provisiones sin alterarla demasiado, de hecho tenía la certeza de que ella contaba con mis necesidades, pues no se explica de otra forma la puertecita disimulada en una esquina del plástico y hecha a medida para que yo pasara.

Mis sospechas se confirmaron al coincidir en varias ocasiones los dos a la par en dar cuenta de las verduras, y ver que ella, lejos de enfadarse, hacía la vista larga. No así su nieta, la irascible niña de la caperucha roja que, tras saber de mi existencia, urdió un plan en mi contra y, poco a poco, celosa de la atención que la abuela me dispensaba, fue poniendo trampas en mi camino para desprestigiarme. Unas veces dejaba un tarro de miel en la vereda que yo, incauto, tomaba como una limosna caritativa. Otras, me dejaba unos panecillos o, incluso, una botella de leche. No me di cuenta de que, a mis lomos, me acusaba de robarle las viandas a mi vieja amiga. La vil muchacha fue extendiendo por el contorno innumerables calumnias sobre mí y la difamación llegó al máximo el día en el que caí en su trampa definitiva. Había sido tan duro aquel invierno y mis carnes contenían tan poca grasa que la abuela comenzó a dejarme ropa en el invernadero para que me abrigase y, conforme avanzaba el frío, no tardó en ofrecerme una habitación con su mullida cama para pasar la noche. Sabedora de este ofrecimiento, la malvada niña tejió un plan para atraparme. Una mañana especialmente helada, convenció a la anciana para que saliese fuera de la casa, invitándola a ver cómo lucía el pino de navidad que acababa de adornar junto a las cancelas, y entonces, después de avisar al cazador que estaba apostado detrás de la casa, entró en mi habitación y comenzó a gritar como una loca, casi sin darme tiempo a salir de la cama. Por suerte, el camisón de cola que mi anciana amiga me había prestado hizo resbalar al cazador, que cayó enredado sobre el mismo cuando me lo quité, haciendo que su puntería fallara.

Lo demás, amigos míos, es un cuento que, de tanto contarlo generación tras generación, ha conseguido colgarme el sambenito de la mala fama.



Cuento publicado con el colectivo literario 'Valencia Escribe' en el libro 'Cuentos de las estaciones' (marzo, 2018)

Manuela Vicente Fernández

MANUELA VICENTE FERNÁNDEZ

(Viana do Bolo-Ourense, 1970). Escribe poesía, narrativa, relato corto y microrrelato. Su obra ha sido premiada en varios concursos literarios y ha publicado relatos, poemas o ensayos en libros colectivos como Valencia Escribe, El Callejón de las Once Esquinas (Zaragoza) o el boletín literario Papienfuss. Socia de AMEIS y de REM (Red de Escritoras de Minificción). También forma parte de la Asociación de Escritores Solidarios Cinco Palabras, y dirige un blog colaborativo de literatura femenina actual Nosotras, que escribimos.



el comienzo de curso

ano, trae a estas páginas un cuento diferente, reivindicativo de quien no ha sido ni tan
Manuela Vicente Fernández recoge y reubica en una historia en la que siempre tuvo el
llega con Belén García Nieto y sus versos, que acercan al lector el olor de la lluvia y el
los poemas para arrancar tras la pausa estival.

DEBO DARMER PRISA

Debo darme prisa si quiero alcanzar
el balanceo de las gotas de lluvia sobre la hierba,
cómo cambian los colores de la tierra,
cómo las lamen los animales.

Los granos resisten en las hojas,
el verde parece más verde
y el denso paisaje se alza derribando lindes.

Debo darme prisa si quiero alcanzar
el olor de la corteza mojada de los árboles,
cómo rompen los milímetros de agua caídos sobre mi cuerpo,
cómo beben las grietas del estómago.

Avanzan las flores, crecen de entre las piedras
arrancándose el miedo de la dureza.

Debo darme prisa si quiero alcanzar
el sonido de la lluvia chocando contra el suelo.
Rebota como chispas,
como una descarga de oxígeno.

Moja la tarde con el mismo empeño con que humedece
el perfil de las montañas contra el cielo.

Debo darme prisa si quiero alcanzar
los fragmentos de nubes que nos prolongan
antes de que desaparezcan
y ya no quede ninguna de sus formas
sobre nuestras cabezas.

SUBTERRÁNEO

Nadie preguntó a la montaña antes de ser perforada.
Nadie le preguntó si podían traspasar la roca
hasta lo más profundo de su dureza.

Entraron con máquinas taladradoras gigantes
y excavaron con explosivos hasta la garganta.

Nadie le preguntó si quería acoger
un túnel kilométrico de hormigón.

A ella, que sólo conoce las sombras que ofrecen las
nubes,
nadie le preguntó si quería albergar la noche más larga
para siempre.

Nadie le preguntó a la montaña,
y permanece erguida.

A cientos de kilómetros alcanzo su elevada altura,
se ven desde el horizonte, como filas de hormigas,
hilos de sangre deslizándose por la ladera.

Desde aquí,
reconozco la herida.

Belén García Nieto

BELÉN GARCÍA NIETO, “mujer, programadora, madre y activista por el derecho a la vivienda”, nació en Sevilla en el año 1982, y desde los nueve años ha vivido en Segovia y en Madrid. {código && palabras}, todo es medio para escribir poesía, señala. Algunos de sus poemas han sido analizados por Encarna Alonso Valero en su estudio “Aproximación a la poesía escrita en lenguajes de programación (sobre Belén García Nieto)”. Otros han sido seleccionados para la antología “Insumisas. Poesía crítica contemporánea de mujeres” (Ed. Baile del Sol). He impartido diversos talleres de poesía código en Universidades, Centros Culturales y Centros Sociales.

